

Desinstitucionalización, desconfianza y desencuentro: Tres expresiones del malestar en el Perú de hoy¹

Deinstitutionalization, distrust and disagreement: Three expressions of unrest in Peru today

Max Hernández Camarero²

Profesor honorario de la
Universidad Peruana Cayetano Heredia

© El autor. Artículo de acceso abierto,
distribuido bajo los términos de la Licencia
Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v66i2.4999>

Los tres temas de esta presentación aluden a tres expresiones del malestar que se siente hoy en el Perú. Para tratar un asunto hipercomplejo, debo situarme en los bordes del psicoanálisis y apelar libremente a las ideas de Edgar Morin (1990) sobre la necesidad de respetar la complejidad de los fenómenos sin intentar simplificarla o reducirla a una supuesta estructura subyacente. La desinstitucionalización resulta del “desfacer” el resultado de procesos de vasto alcance, por los cuales los principios, los valores y las prácticas fueron asumidos de modo tal que llegaron a legitimarse como normas de una sociedad. La desconfianza es un sentimiento íntimo de duda sobre uno mismo o sobre los demás, que corroe la posibilidad de construir vínculos. El desencuentro se da cuando los grupos se autodefinen y se valoran en función de ideales excluyentes, de manera que, al entrar en contacto con otros grupos, tienden al enfrentamiento.

Algunas ideas de Pierre Bourdieu, como la de *habitus*, son útiles para establecer puentes entre las estructuras externas (demográficas, sociales, políticas, económicas, etc.) y las estructuras mentales vigentes en el sujeto, como categorías de representación social (ideologías, mentalidades, etc.)³. Por su parte, las reflexiones de Cornelius Castoriadis (1997) sobre los procesos en juego en la institución de cada sociedad y aquello que define como significaciones sociales imaginarias abren vías para aproximarse a la comprensión de los temas que he de tratar.

Empiezo con una narrativa que tiene las huellas de una historia clínica. Soy psiquiatra y psicoanalista, no puedo negarlo. Solo que en este caso no comenzaré por el hoy, el *status praesens* de los grandes maestros de la clínica médica. Partiré de los antecedentes remotos, los factores predisponentes del actual malestar, que en el esquema histórico de Ferdinand Braudel son resultados de procesos de larga duración.

¹ Texto de la 14.ª Conferencia Anual Honorio Delgado, presentada el 15 de septiembre, como parte de las celebraciones del 62.º aniversario de la UPCH.

² Psicoanalista, exvicepresidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, secretario ejecutivo del Acuerdo Nacional, profesor honorario de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

³ El *habitus*, dice Bourdieu, opera desde el interior del individuo y establece relaciones de sentido no conscientes entre ambas estructuras de la realidad.

I.

En 1519, se hacía a la mar una pequeña flota al mando de Fernando de Magallanes. Una sola nave volvió a Sevilla tres años más tarde, con apenas dieciocho sobrevivientes, después de haber dado la vuelta al mundo. La redondez de la Tierra había dejado de ser una abstracción de los antiguos matemáticos griegos. Ese mismo año, 1519, Hernán Cortés había desembarcado en la costa mexicana. Dos años más tarde, la avanzada española arrebató el Imperio azteca a Moctezuma II, con la ayuda de numerosos aliados indígenas. Como señala, con británica circunspección, John H. Elliott, en esos tres años, entre 1519 y 1522,

en el “sentido común” de la conciencia colectiva ha gravitado más el desconocimiento del otro.

Hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, se emanciparon los virreinos que, durante el reinado de los Austrias, habían formado parte de la Monarchia Catholica y que, luego de las reformas borbónicas, tuvieron un carácter más cercano al de colonias propiamente dichas. La independencia de la América española y portuguesa fue precedida por la gran rebelión de Túpac Amaru y por la independencia de Haití. Como señala Aníbal Quijano, tales hechos hicieron que el fantasma de los alzamientos de la “indiada” y la “negrada” ahogaran la inspiración libertaria e igualitaria de las revoluciones francesa y de las trece colonias norteamericanas.

En los años siguientes, ocurrieron cambios en la relación Estado-mercado y un **desmontaje del orden institucional**. La grave erosión de las precarias instituciones construidas durante la República merió más aún su capacidad para construir y articular consensos solidarios.

Si se transportara la perspectiva psicoanalítica a estas realidades sociales, históricas y culturales, saltaría a la vista que, en la dinámica del conflicto, las fuerzas enfrentadas sumaban acumulaciones de

emergieron dos grandes proyectos que habrían de dominar la historia durante los siguientes siglos: la globalización y el imperialismo europeo. Los fundamentos de la dominación colonial se habían empezado a establecer en 1492.

larga data. La economía del equilibrio homeostático fue alterada no solo por la irrupción de fenómenos exógenos —la hueste pizarrista en el primer caso y los ejércitos libertadores en el segundo—, sino también por los intereses diversos en juego y por las percepciones tan distintas de los actores. La fragmentación de las estructuras políticas, sociales y culturales del incario, en un primer momento, y luego las de la colonia, repercutió en las mentalidades, los imaginarios y los valores de unos y otros. La indagación en aspectos genéticos revela, de inmediato, que las causas de los conflictos antecedían por varias generaciones a las de quienes conformaban los grupos y las comunidades enfrentados. Por último, en el ámbito adaptativo-generativo, queda muy claro que incidencias de gran magnitud desbordaban los marcos mentales y los modos de conocimiento *ad usum*, por lo que era muy poco probable que los actores pudiesen intuir sus efectos⁴.

En 1532, ocurrió la conquista, trauma fundante y fundación traumática del Perú. Sus efectos psicológicos, culturales y sociales, y su secuela de dominación, resistencia, aculturación y sincretismo se irían desplegando al mismo tiempo que la economía-mundo. En Europa, la tarea de integrar la nueva y sorprendente realidad del llamado Nuevo Mundo en las coordenadas intelectuales preexistentes fue dando pie a la modernidad. En esta parcela del “extremo Occidente”, frase cuyo crédito comparten Arturo Uslar Pietri y Octavio Paz, que subraya a la vez la excentricidad y el occidentalismo, la cultura hegemónica imprimió un molde dualista que enfrentaba lo indio y lo europeo. A la par y desde entonces nuestro país, como gran parte de América Latina, ha sido por casi medio milenio una “zona de contacto”, si empleamos la expresión acuñada por Mary Pratt. Es decir, un territorio de mezclas: una sociedad mestiza. Pese a ello,

4 Cf. Adam Kahane sobre conflictos difíciles de solucionar. David Rapaport sobre puntos de vista de la metapsicología: dinámico, económico, estructural, genético y adaptativo.

Veamos a continuación los antecedentes próximos, los procesos propios de la coyuntura que, siguiendo a Braudel, actuarían como factores determinantes.

II.

A decir de los historiadores, el siglo XX fue un siglo corto: transcurrió entre el fin de la *belle époque* y la caída del muro de Berlín. Además, dos guerras mundiales, la Revolución rusa, el nazi-fascismo, el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, la Revolución china, el largo periodo de la Guerra Fría, la descolonización, el surgimiento de la Unión Europea y el auge del fundamentalismo islámico. Tomando esto en cuenta, el siglo XX se habría extendido hasta el ataque a las Torres Gemelas (11 de septiembre, 2001). Si se piensa en la realidad peruana, se podría decir que el siglo XX se extendió desde el fin de la República Aristocrática hasta la captura del líder senderista. Durante esos años ocurrieron hechos tales como la aparición de los partidos de masas, los cambios de modelos económicos, el crecimiento demográfico, la reforma agraria, el ocaso del poder oligárquico, etc. Se podría sostener que los desplazamientos tectónicos del campo a la ciudad, ocurridos a mediados del siglo, cambiaron el rostro del país. Hoy más del 70 % de la población del Perú es urbana, las barriadas se han convertido en distritos pujantes y, a su vez, estas periferias urbanas han transformado los rostros de las ciudades. Surgieron nuevos actores sociales y los “pobres migrantes” se hicieron emprendedores y transformaron Lima (Arellano, 2010).

Pero fueron las crisis de las dos últimas décadas del siglo XX las que sacudieron la organización estatal y la arquitectura de la democracia. Con el terrorismo, el Estado estuvo a punto de perder el monopolio de la violencia, condición *sine qua non* de su soberanía. El sentimiento de pertenencia a una comunidad imaginada como compartida, fundamento subjetivo de la nación, se vio socavado, y la sociedad, presa de una grave sensación de inseguridad y de un extendido desconcierto, sufrió el penoso sentimiento de haber comprometido su propia integridad. Era como si en la intimidad psicosocial de amplios sectores de la población se hubiesen desatado tanto los vínculos que unen a los miembros de una comunidad entre sí como aquellos que unen al ciudadano con el Estado.

Tras el golpe de Estado de 1992, se produjo la

captura del líder senderista. En los años siguientes, ocurrieron cambios en la relación Estado-mercado y un desmontaje del orden institucional. La grave erosión de las precarias instituciones construidas durante la República mermó más aún su capacidad para construir y articular consensos solidarios. Daba la impresión de que las instituciones republicanas habían colapsado y arrastrado con ellas la trama de significaciones compartidas que da estabilidad a los sistemas comunitarios y pone coto a las angustias que amenazan con irrumpir en la intimidad psicológica de los colectivos sociales. Al mismo tiempo, los efectos de la globalización, expresados de manera “desigual y combinada”, para utilizar una expresión devenida en tópico, se empezaban ya a sentir.

La triple crisis del terrorismo, la hiperinflación y la desinstitucionalización incidió en el Estado, las organizaciones políticas y la sociedad civil. Parecía que las condiciones para una gobernabilidad democrática hubiesen desaparecido y que las significaciones sociales imaginarias que sirven de base a toda construcción comunitaria se hubiesen perdido. Este escenario se montó sobre asuntos de larga data: la sucesión de golpes de Estado, la corrupción, la precariedad de las instituciones y el poco arraigo de los valores democráticos y republicanos. La vesanía de Sendero Luminoso se ensañó con nuestros compatriotas del universo rural andino quechuahablante. Sin embargo, los años del terrorismo senderista activaron emociones propias del trauma de la conquista y los fantasmas que asediaron a los criollos durante la independencia. En tales circunstancias, buena parte de la población urbana osciló entre el miedo y la indiferencia y se situó a un lado de la línea que separa los estereotipos de lo blanco y de lo cholo, negando el pluralismo, los matices y las complejidades de un mestizaje muy antiguo y cada vez más visible (Whipple, 2022).

En lo que sigue me he de enfocar en el *status praesens*, el tiempo del acontecimiento (de acuerdo, nuevamente, con Braudel) y el tema de opiniones e interconsulta que me propuso Renato Alarcón.

III.

En el nuevo milenio, la brecha entre el mundo de la política y las expectativas de la sociedad producida por los cambios que impulsaron la globalización —revolución informática,

comunicación satelital y políticas de liberalización económica—, se ensanchó de manera definitiva. La mutación de las estructuras de la opinión pública, como consecuencia de la telefonía móvil, el internet, las redes sociales y la cada vez más poderosa hegemonía de la imagen, hizo que la “sabiduría convencional” —la expresión es de John Kenneth Galbraith— resultara obsoleta. Con el advenimiento de un nuevo orden global, los BRICS (acrónimo que incluye a Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) disputan la hegemonía ejercida por la OTAN. Las instituciones políticas, herederas de las realidades históricas y los modelos conceptuales del siglo XIX, sufren los asedios convergentes de aquellos que siempre desconfiaron de la democracia, ya sea por escepticismo elitista o por vocación totalitaria, y de quienes, desde una opción de corte populista, sostienen que las formas actuales del sistema político resultan insuficientes para enfrentar los hipercomplejos problemas de los sistemas sociales del siglo XXI.

Al mismo tiempo que estos fenómenos de alcance planetario, en el Perú, los primeros tres lustros del nuevo milenio vieron un periodo de prosperidad, estabilidad macroeconómica y disminución de los índices de pobreza, un lapso en el que se fue gestando gradualmente —y sobre todo en la población urbana— la sensación de que se había recuperado un rumbo al futuro. Parecía que el tejido de significaciones, mitos compartidos, creencias y convicciones que mantienen el orden social y unen a los individuos y a los grupos en una sociedad, se había reconstituido. En suma, se pensaba que se había restituido la comunidad imaginada que hace posible a la nación⁵.

Esta situación cambió cuando, tras unas elecciones de resultados sumamente ajustados, un Ejecutivo sin respaldo congresal se vio asediado por una abrumadora mayoría legislativa. Ya no se trataba del equilibrio de poderes; lo que ocurrió, más bien, fue el uso de dos armas que podían llegar a ser de mutua destrucción: la vacancia presidencial y la disolución del Congreso. Este enfrentamiento marcaría el inicio de una triste

seguidilla: renuncia de un presidente, disolución congresal y dos vacancias presidenciales.

Irrumpieron, de pronto, la pandemia de COVID-19 y sus efectos devastadores. La insuficiencia de recursos médicos y la demanda desesperada de camas UCI exacerbaban sentimientos de desamparo que se tradujeron en un ánimo depresivo extendido, la escasez de oxígeno generó angustias y dificultades respiratorias, el confinamiento afectó los modos de existencia y las maneras de relacionarse, y la demora en la adquisición de las vacunas provocó sentimientos de rabia e impotencia. Los muertos cuyos familiares no pudieron llevar a cabo los rituales fúnebres, necesarios para la elaboración de los duelos, quedaban abandonados en los rincones más recónditos del imaginario social, como cadáveres insepultos. Al cortejo de miedo, dolor, duelo y sospecha generalizada, se añadió la súbita reemergencia de una dura realidad. El diagnóstico de Basadre seguía vigente: un Estado empírico que se balancea sobre un abismo social.

La fragmentación polarizante propiciada por las crisis políticas y la inestabilidad generada por las vacancias y renuncias presidenciales, además de amenazas cumplidas de disolución congresal, se agravaron con la elección de Pedro Castillo en el lapso que medió entre el fin de la pandemia y el inicio de la guerra Rusia-Ucrania. Expectativas desbordadas, temores exacerbados, resentimientos y desdenes salieron a flote, lo cual afectó la vida cotidiana y disolvió los lazos de las personas con su entorno social y familiar. Grupos e individuos se ubicaron en las antípodas. Las posiciones políticas se endurecieron, los sectores más extremos de cada grupo parecían llevar la voz cantante. El desconocimiento y la negación del otro se volvieron una moneda corriente.

Tras el fallido intento de golpe de Estado de Pedro Castillo y su vacancia subsecuente, las protestas arrastraron hacia la agenda política inmediatos reclamos de muy larga data. En Andahuaylas, Ayacucho, el sur andino y en la capital, tomaron un cariz violento y las fuerzas del orden respondieron con igual violencia. Al duelo por las muertes ocasionadas por la pandemia, se sumó el de las producidas en los enfrentamientos. La protesta y la represión expresaban racionalidades diversas con relación a la política y revelaban una vez más la existencia de tiempos políticos desiguales. Se hizo evidente que las maneras de concebir la nación y

⁵ Cf. las ideas al respecto de Cornelius Castoriadis, Benedict Anderson y Mauricio García Villegas.

la patria y la percepción del tiempo no son uniformes, quedando al descubierto, por otro lado, el poco valor asignado a los derechos humanos.

En ese clima propicio a la crispación política, la pasión de quienes protestaban por la vacancia de Pedro Castillo y lo radical de sus reclamos recogían los ecos de antiguos anhelos y revivían viejos temores. Reverberaciones emocionales que hundían sus raíces en estratos profundos de la psique colectiva activaron desdenes y resentimientos. La fragmentación, la escisión, la polarización, la desigualdad, la emergencia conflictiva de múltiples afirmaciones identitarias (étnico-culturales, políticas, locales) y la defensa cerrada de ideologías, imaginarios, creencias y valores se exacerbaban.

Hasta aquí se han descrito tres síntomas cardinales de la situación actual: desinstitucionalización, desconfianza y desencuentro; y se ha pasado revista sumaria a sus antecedentes. ¿Cuán grave es esta crisis? ¿Es un episodio más de un malestar crónico? Surge de ello la necesidad de imaginar una prognosis y arriesgar los trazos de una prescripción.

IV.

La humanidad atraviesa un cambio de época, un interregno entre lo nuevo, que aparece sin cesar, y lo antiguo, que se resiste a desaparecer. En nuestras condiciones de país “inequitativamente globalizado”, es menester asumir una actitud “jánica”: mirar a la vez el futuro y el pasado⁶. Transitar hacia el futuro, en un país en gran medida premoderno y en una era que ha sido llamada posmoderna, presenta no pocas dificultades. En un mundo saturado de invenciones tecnológicas ultramodernas, el sujeto, que ha dejado de lado la atracción de lo gregario para definirse como el programador de su propia existencia, enfrenta las arremetidas de la alienación, la soledad, las adicciones, la atomización, el olvido, la autoexplotación y la depresión. El imperativo de homogenización del sistema vigente que busca la expulsión de lo distinto puede llevar a procesos de autodestrucción que es necesario resistir (Han, 2015; Han, 2022).

Las estructuras históricas, sociales y culturales del Perú se instituyeron sobre la grave fractura que significó la Conquista. Un orden diseñado en la lejana metrópoli se implantó sobre la desestructuración del mundo andino. Era muy improbable que en tales circunstancias se desarrollara una concepción integradora que rescatara lo esencial de ambas culturas. Es una quimera pensar en una suerte de producto de la imaginación instituyente que habría inspirado a los atenienses a organizar una democracia regida según sus propias leyes (Castoriadis, 1997). Es cierto que con el tiempo hubo algunos intentos de integración hegemónica en ambos lados de la fractura, pero la posibilidad de que dialogaran entre sí se precipitó por la brecha que los separaba. Las réplicas de la escisión traumática —que aún atraviesan nuestras maneras de sentir, percibir y pensar— afectaron la posibilidad de construir un relato incluyente.

Hoy, tras un lustro de una política crispada por la polarización, se hace presente una vez más el conflicto preprogramado entre “nosotros” y “ellos” o entre “ellos”



Las estructuras históricas, sociales y culturales del Perú se instituyeron sobre **la grave fractura que significó la Conquista**. Un orden diseñado en la lejana metrópoli se implantó sobre la desestructuración del mundo andino. Era muy improbable que en tales circunstancias se desarrollara una concepción integradora que rescatara lo esencial de ambas culturas.



y “nosotros”. Ni los siglos de mestizaje y evangelización, ni las visiones de nuestros próceres, ni las proclamas independentistas de San Martín y Bolívar, ni el medio siglo de andinización de las ciudades, ni la cholificación de las costumbres parecen haber atenuado la escisión que estaba en la base del dualismo imaginario. Quienes idealizan el pasado perdido en clave utópica y quienes celebran la conquista con notas épicas permanecen al margen del paso del tiempo. ¿Cómo usar la imaginación instituyente desde cualquiera de los bordes de la fractura inicial cuando la arremetida concertada de la escisión, la represión, la amnesia...

⁶ Carlos Fuentes.

despertó “las furias y las penas” que yacen en nuestras subjetividades colectivas?

De pronto, en la cresta de una ola destituyente, comenzó a retumbar un grito: “¡Que se vayan todos!”. A la vez, en los mentideros políticos, en las redes sociales y en la calle, se escuchaba el reclamo por una Asamblea Constituyente. A mi entender, el término “constituyente” va más allá de una propuesta de redactar una nueva Constitución. Expresa una demanda de algo más profundo, el anhelo de reconstituir los consensos primigenios, restaurar el tejido social desgarrado con un nuevo pacto. Dicho de otro modo, recrear las condiciones para el despliegue de una imaginación instituyente con la capacidad de producir las ideas que a su tiempo puedan plasmarse en instituciones.

He utilizado dos términos: “malestar” e “imaginación”. El primero, inspirado en el conocido ensayo de Freud, para referirme a esa desazón o incomodidad indefinible que registra el diccionario y también a ese desasosiego igualmente difícil de explicar sobre el que escribió Fernando Pessoa. Por otro lado, he usado el término “imaginación”, para referirme a algo que cobra cada vez más importancia como una práctica social o, más precisamente, como un campo organizado de prácticas sociales. No se trata de la creación de un artista y menos aún de un *hobby*; es un trabajo tanto por el esfuerzo que requiere como por su valor práctico. Innovar y discernir la forma que van tomando los procesos culturales en curso es una precondition para realizarlos y encauzarlos. Como señala Arjun Appadurai (2006), hoy por hoy la imaginación está presente en todo tipo de actividades, en la investigación científica, en los ejercicios prospectivos, en los estudios económicos y en los diseños organizacionales. Es en sí misma una realidad social y un componente clave del nuevo orden global y su relación con las realidades locales.

En las actuales condiciones de megacambios se hace necesario conocer la relación a la vez complementaria y contradictoria entre lo global y lo local. Las sociedades cada vez más seculares e individualistas ponen en juego una pluralidad de deseos de reconocimiento que deben ser tomados en cuenta. De no ser así, los cambios que se están produciendo en una escala que podríamos llamar microsociológica, que transforman nuestras experiencias afectivas más íntimas y las formas más básicas de nuestra

relación con los demás, pueden llevar a condiciones de desgobierno y descontrol. De continuar el incremento de la delincuencia en las ciudades, el sentimiento cada vez más extendido de inseguridad y los efectos disruptivos del narcotráfico y el crimen organizado, se podría llegar a una condición de anomia.

El ejercicio de la democracia es posible si y solo si existe el mutuo reconocimiento y la aceptación plena del otro. En una sociedad que asume su condición pluricultural y multiétnica, en la que sectores invisibilizados, “desconocidos”, marginados, y sectores en gestación reclaman sus derechos, y en la que coexisten diversos tiempos históricos, ritmos regionales, mentalidades y racionalidades es imprescindible entender la transformación del *habitus*; es decir, de la urdimbre “objetiva” y la trama “subjetiva” del tejido social. Ello requiere cambiar de manera profunda y radical los esquemas cognoscitivos e ideoaffectivos, el esquema conceptual referencial y operativo (a decir de Enrique Pichon Riviere), con que intentamos descifrarlos. Como propuso Wilfrid Bion, atreverse a efectuar un “cambio catastrófico”, el cual no implica, en realidad, una catástrofe; por el contrario, es cuando un sujeto o un grupo no pueden tolerar un cambio catastrófico —en el sentido matemático del término— que altere drásticamente sus esquemas mentales, lo que produce de veras una catástrofe psíquica: los parámetros mentales colapsan y el desconcierto es absoluto.

Tal vez sea posible imaginar una “tercera mitad”, como decían un sabio indígena amazónico, un poeta y un sociólogo peruanos⁷, que escape a las categorías absolutas que hegemonizan la modernidad europeo-occidental. Una tercera mitad en la que se está configurando un pensamiento mestizo que incursiona en espacios intermedios (Gruzinski, 2007). A saber, un pensamiento que, como el psicoanálisis, problematice las perspectivas y tenga en cuenta que los límites son inciertos e imprecisos los umbrales.

Nuestra historia ha mostrado, una y otra vez, resiliencia. Pero esta capacidad de recuperar el *statu quo ante*, indispensable para la supervivencia, puede constituirse en un escollo para las transformaciones requeridas por una adaptación exitosa a los nuevos tiempos. Al inicio de mi charla dije que no podía

7 Ino Moxo, César Calvo y Hugo Neira.

negar que soy psiquiatra y psicoanalista, no puedo negarlo. Tampoco puedo negar que, después de tantos años en el Acuerdo Nacional, me he vuelto casi un fanático del diálogo y un militante de la concertación. En las actuales circunstancias, pienso que un consenso acerca de las reformas políticas para el fortalecimiento del régimen democrático y el Estado de derecho, la democratización de la vida política y la vigencia irrestricta de los derechos humanos definen el mínimo necesario de cambios que requiere con urgencia la república. No es mucho, apenas una manera modesta de plegarse a la terca apuesta de Jorge Basadre por el Perú como posibilidad.

REFERENCIAS

- Appadurai, A. (2006). The power of imagining and imagining power. *Globalisation, Societies and Education*, 4(2), 161-166. <https://doi.org/10.1080/14767720600752924>
- Arellano, R. (2010). *Ciudad de los Reyes, de los Chávez, de los Quispe*. Planeta.
- Castoriadis, C. (1997). El imaginario social instituyente. *Zona Erógena*, (3). <https://www.ubiobio.cl/miweb/webfile/media/267/Castoriadis%20Cornelius%20-%20El%20Imaginario%20Social%20Instituyente.pdf>
- Gruzinski, S. (2007). *El pensamiento mestizo*. Paidós.
- Han, B.-C. (2015). *La salvación de lo bello*. Herder.
- Han, B.-C. (2022). *La expulsión de lo distinto* (2.^a ed.). Herder.
- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Editorial Gedisa. https://norberto2016.files.wordpress.com/2016/10/morinedgar_introduccion-al-pensamiento-complejo_parte1.pdf
- Whipple, P. (2022). *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano*. Instituto de Estudios Peruanos.